

Día 16. Getsemaní

ORACIÓN A LA TRINIDAD:

Padre misericordioso, que entregaste a tu Hijo para redimirnos, toca nuestro corazón con la luz del Espíritu Santo para que, por la gracia, no solo recordemos el misterio de la Pasión, sino que nos hagamos místicamente presentes para consolar el Corazón de Jesús.¹

MEDITACIÓN:

Adentrémonos en este momento de meditación en el misterio de consolación que se da en el Huerto de Getsemaní, tal y como nos lo narra el Evangelio:

Salió y se encaminó, como de costumbre, al monte de los Olivos, y lo siguieron los discípulos. Al llegar al sitio, les dijo: «Orad, para no caer en tentación». Y se apartó de ellos como a un tiro de piedra y, arrodillado, oraba diciendo: «Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya». Y se le apareció un ángel del cielo, que lo confortaba. En medio de su angustia, oraba con más intensidad. Y le entró un sudor que caía hasta el suelo como si fueran gotas espesas de sangre. Y, levantándose de la oración, fue hacia sus discípulos, los encontró dormidos por la tristeza. (Lc 22,39-45)

Sin intentar apresar todo el misterio que encierra este momento de la Pasión del Corazón de Cristo, vamos a fijarnos solo en lo que tantas veces Jesús ha pedido a lo largo de la historia a sus confidentes: el consuelo. ¡Consoladme!, ¡velad conmigo!, ¡al menos tú...!

Jesús se adentra en la hora oscura de la Pasión y siente el peso de todo nuestro pecado que carga sobre sus hombros hasta el punto de derrumbarse. Sobre Él cae el peso de la culpa de la humanidad entera y éste lo hunde en un abismo de tristeza, angustia, tedio... Su naturaleza humana se desmorona ante un abismo de sufrimiento que lo aplasta. Y es que Cristo es verdadero hombre. Es el Santo de los santos, pero por nosotros se ha hecho lo que nosotros y busca ayuda porque la necesita: algo que a nosotros tantas veces nos humilla. Busca a sus amigos para que lo sostengan, nos busca a nosotros —a cada uno de nosotros— en este momento y... ¡cuántas veces nos encuentra dormidos!, absolutamente ajenos a su Pasión.

Cristo clama entonces y pide al Padre que, si es posible, se le evite este cáliz. Pero el amor del Padre no le ahorra la tristeza; y tiembla; y sigue cayendo en ese abismo de muerte. Es entonces cuando le envía un ángel para que le conforte y le dé fuerza. Es estremecedor y hermoso al mismo tiempo: una criatura consuela, sostiene al mismo Dios, y Cristo se deja consolar.

Este misterio lo explica muy bien el Papa Francisco en *Dilexit nos*:

En esta contemplación del Corazón de Cristo entregado hasta el extremo somos consolados nosotros. El dolor que sentimos en el corazón abre paso a la confianza plena y finalmente lo que queda es gratitud, ternura, paz; queda su amor reinando en nuestra vida. Y nuestro dolor se une al dolor de Cristo en la cruz, pues cuando decimos que la gracia nos permite saltar todas las distancias, esto significa además que Cristo, cuando sufría, se unía a todos los sufrimientos de sus discípulos a lo largo de la historia. De ese modo, si sufrimos, podemos vivir el consuelo interior de saber que el mismo Cristo sufre con nosotros. Deseando consolarle, salimos consolados.²

¡Cuántas veces rezamos nosotros el salmo 22!: «El Señor es mi pastor... aunque camine por cañadas oscuras, nada temo, porque tú estás conmigo».

¹ Carta enc. *Dilexit nos*, n.152

² Carta enc. *Dilexit nos*, n.161

¿Hemos pensado como sonaría este salmo en la boca de Cristo? También Él rezaba los salmos y procuraba encontrar en ellos fuerza. ¿Imaginamos a Jesús diciéndonos: «Aunque camine por cañadas oscuras, nada temo porque tú vas conmigo»? En ese “tú” podríamos imaginarnos a Jesús mirándonos a los ojos y pronunciando nuestro nombre porque, igual que en la noche de Getsemaní buscó consuelo en sus discípulos, también lo busca en nosotros.

No es una ilusión. Cada uno podemos decir con verdad «yo puedo consolar a Cristo, mi dolor puede unirse al de Cristo» y, sin saberlo, estaríamos siendo ese ángel de Getsemaní, sosteniendo a Jesús en su angustia.

Si pudiéramos convencernos, tal y como nos lo enseña el Papa, de que nuestro sufrimiento está unido al de Cristo, se daría un giro drástico. Si ofreciéndonos, podemos hacer que nuestro dolor participe de la fuerza del padecer del Redentor y, por tanto, puede ser un cauce de gracia para otros, convirtiéndose en una bendición para los demás... Si pudiéramos convencernos de esto, entonces el dolor estaría realmente superado, vencido en su raíz más profunda, porque pasaría de no tener sentido a estar lleno de él, al ser instrumento de ayuda para Dios en su obra de amor y redención³.

PROPÓSITO:

Jesús, enséñame a buscar siempre y en todo la voluntad del Padre, especialmente cuando me cueste entender sus disposiciones, y que aprenda a ofrecerlas para colaborar en la redención del mundo.

JACULATORIA:

Jesús, unido siempre a la voluntad del Padre, haz que en mí se haga siempre su voluntad y no la mía.

³ ROMANO GUARDINI, *Viacrucis*, estación VII